

### Suscripciones:

En Murcia,  
50 ets. al mes  
Provincias,  
8 reales tri-  
mestre.  
Pago adelan-  
tado.

# LA JUVENTUD LITERARIA

Se publica los Jueves y Domingos.

Año II. Murcia 2 de Junio de 1889. Núm. 46.

### Anuncios.

Se reciben  
en la Admi-  
nistración de  
este periódico  
Comunica-  
dos, á precios  
médicos.

Anuncio-tarjeta y periódico 4  
reales al mes.  
Número suelto 10 céntimos.

Redaccion y Administracion  
APÓSTOLES 11, BAJO.

Colaboradores todos los suscri-  
tores.  
La correspondencia al director.

## Fonda Universal

Situada: plaza de S. Bartolome  
bajo la direccion de  
DON FELIX CABEZOS

Este acreditado establecimien-  
to montado al estilo de los de Ma-  
drid, está siendo cada dia más  
favorecido por el público, merced  
á la actividad y celo que despliega  
su propietario D. Felix Cabezos, á  
quien secunda su servidumbre y  
el entendido jefe de cocina que pro-  
cura ofrecer á los viajeros exquisi-  
tos manjares confeccionados con  
especial limpieza y novedad.

### Anuncio.

La venta de 350 botellas de vinos y  
licores en un lote, á los que quieran y  
puedan especular este negocio.

200 novelas de Paul de Koch y otros  
reconocidos autores

12000 reales en música de las selecta  
y escogida.

Una máquina de coser de mano, nue-  
va y de las mejores de su clase.

Otra máquina usada de zapatero, que  
marcha perfectamente.

Se venden todos los géneros de mi  
establecimiento, y por último se vende  
y traspasa la tienda con permiso del  
dueño de la casa, con géneros y sin  
ellos.

Este negocio solo es por ahora á los  
especuladores y personas que quieran  
establecerse, haciéndoles buenas rebajas  
para que lo puedan negociar. Pago al  
contado. Bazar Clausel, calle de Lucas,  
accesorio al Casino. 23 años de existen-  
cia.

### PASTELERIA-RESTAURANT DEL COMERCIO

Empanados todos los dias.

Se sirve á domicilio, banquetes y re-  
frescos en lujosa bajilla, avisando con  
anticipación,

### FOTOGRAFÍA DE Federico M. Terol.

Calle de Pascual, núm. 5.

## La Juventud Literaria.

### CÓMO MURIÓ SOLEDAD.

Soledad era una morena buena  
moza, de figura lujurante, cence-  
ña cintura, ojos endiablidamente  
pícaros, lábios que hasta las abejas  
hubiesen equivocado con las rosas,  
y cabellera negra y abundante co-  
mo lo infinito.

Tenia veintiocho años y era de  
esas mujeres que, cuando van por  
la calle, ó por el paseo ó por cual-  
quier lado, se llevan detrás de sí,  
los ojos y el albedrío de cuantos no  
son ciegos.

Yo la tenía comparada con una  
araña. Sí; Soledad, tan bella, tan  
incitante, me parecía á mí una ara-  
ña. Fascinaba á los hombres, les  
atraía con aquellos ojos suyos que  
siempre que le miraban á uno pa-  
recía como si le hicieran la sangre  
más joven y más ardiente, y quan-  
do los desdichados, huyendo de la  
fascinación de los ojos, de la boca y  
de toda la cara, llevaban la vista á  
otro lado y tropezaban con la cabe-  
llera, se hallaban cogidos, vencidos,  
atados; lo mismo que la mosca en  
la sutil tela, su enemigo, sin poder  
huir ni defenderse.

Soledad (la andaluza) era canta-  
ora, cantora de flamenca en yo no  
sé qué café de Madrid. Decían que  
tenía un tesoro en la garganta y que  
si en lugar de lanzar «jipios» se le  
hubiese ocurrido hacer escalas, ha-  
bría llegado con el tiempo á tiple de  
«primissimo cartello».

Pero á Soledad que no la vinie-  
sen con tontunas; ella no sabía ni  
entendía más que de aquello, y  
aquello lo sabía desde chiquitina,  
porque la habían adormecido can-  
tándole gitano; porque la habían  
amamantado cantándole gitano y  
porque había ercido y se había de-

sarrollado cantando ella gitano y  
oyéndoselo cantar á los demás.

Fué un delirio, verdaderamente,  
el que siempre tuvo por los cantos  
de su tierra; bien es verdad, que  
jamás le gustaron otros, así como  
jamás le gustó otra música que la  
de la guitarra.

¡La guitarra! En aquél trozo de  
madera miserable, ella lo creía todo,  
lo veía todo y le parecía oírlo todo;  
desde el alegre gorjeo de los ruise-  
ñores por la mañana, hasta el tris-  
tísimo zumbido del aire entro los  
árboles por la noche; desde la risa  
del niño que juega, hasta los suspi-  
ros del viejo que llora; desde las  
palabras de amor de los que se quie-  
ren, hasta las quejas de los que do-  
jaron ya de quererse....

Yo no sé cómo decirlo aquí, que  
Soledad en sus veintiocho años tu-  
vo muchos amantes. Era una mu-  
jer ardiente é impresionable, capaz  
de amar y odiar á un hombre con  
locura en un solo día. Ni ella hubie-  
ra podido dar razón de cómo pudo  
llegar á enamorarse de algunos.

Contaba en la lista de los que  
habían pasado por su corazón, to-  
reros, cantores, contrabandistas,  
matones, la mar de su gente; por-  
que á ella le sucedía con los hom-  
bres lo que con los cantores: le  
gustaban los suyos, los de su clase,  
los que eran como ella, jamás tuvo  
amores con ningún silbante, y cui-  
dado que le habían andado detrás  
con memoriales. ¡María Santísima!  
Lo que ella decía:

—Si se pudiesen formar los unos  
tras otros en ringlera, había para  
dar la vuelta al mundo.

Cuando sucedió esto, estaba viu-  
da.... vamos, que no tenía amores  
con ningún hombre, fué en la épo-

